

— Os ha prometido mi mano? — añadió.

— Señora.... — balbuceó el atónito Nuño herido por aquella frialdad glacial de la doncella.

Beatriz pareció descansar por un momento la mirada en el que se le presentaba como su futuro. La doncella conocía poco á Don Nuño á quien apenas habia visto algunas veces. El de Torre la Selva no tenia un exterior muy notable, al contrario era casi repugnante. Sus ojos hundidos se veían coronados por unas pobladas cejas, y lanzaban fatídicos rayos; sus facciones carecían de la noble regularidad que acompaña siempre á los hombres de raza; su boca extraordinariamente grande solo daba paso á una sonrisa en gran manera vulgar, y sus modales incultos eran poco á propósito para cautivar á una dama.

En los ojos de la doncella leyó Don Nuño toda la impresion desfavorable que le habia causado el exámen. Sufrió de ello su orgullo y se mordió los labios de despecho.

— Y habeis vos aceptado mi mano ofrecida por Don Fadrique? — preguntó Beatriz.

— Con solicitud, — contestó el de Guzman interpretando en otro sentido las palabras de su hermana dirigidas á Don Nuño.

— El caballero de Torre la Selva, — dijo entonces Beatriz, — debiera, creo, haber empezado por consultar mi corazon.

— Vuestro corazon? y porqué? — preguntó cándidamente el sorprendido Don Fadrique.

— Porque así se hubiera evitado un desaire.

Un rayo caido á sus piés no hubiera sorprendido tanto á los dos caballeros como aquellas palabras de la de Guzman. Don Fadrique se puso pálido y Don Nuño lívido.

— Seriais capaz, hermana, — repuso Don Fadrique trémulo de ira, — seriais capaz de no obedecer mi mandato?

Doña Beatriz levantó hácia el conde unos ojos en que se pintaba toda la fiereza de raza.

— Los Guzmanes, — dijo, — no obedecen jamás ningun mandato.

— Hermana!

— Evitemos inútiles discusiones, — prosiguió Beatriz con una serenidad y altivez como solo podían pertenecer á ella, — únicamente será mi esposo el que me dé cumplidas pruebas de valor y de heroismo. Si Don Nuño pretende mi mano, es menester que la conquiste, que la gané en la liza de la gloria y la

caballería. Veis esta banda que bordando estoy? Es para adornar con ella el pecho del valiente que en el próximo torneo venza á Mice Roberto, señor de Balse y á sus veinte caballeros alemanes venidos todos para lidiar con los castellanos. Castigue Don Nuño la osadía de unos extranjeros que vienen á medir sus armas con las de nuestros caballeros, hágales morder el polvo del palenque, humille su arrogancia, haga triunfar mis colores y la bizarría castellana, y entonces Beatriz de Guzman será el premio del vencedor.

Las palabras de la noble hija de los Guzmanes no tenían réplica. Era muy comun en aquel tiempo ver á una dama antes de comprometer su mano y su suerte, exigir de su adorador una prueba leal, la prueba de la lucha y del palenque. Don Fadrique, reprimiendo mal su ira, tuvo que aceptar y Don Nuño sonriendo con desden y con orgullo murmuró un necio y jactancioso cumplimiento.

Era Torre la Selva un hombre que se tenia formada una alta idea de sus prendas personales, y su vanidad le impelia á creer que no hallaria en el campo resistencia posible pues no la habia, segun él, para su valor y arrojo.

III.

EL TORNEO.

NADA mas cierto que lo que habia indicado la hija de los Guzmanes. Segovia habia visto llegar á veinte caballeros llevando á su cabeza al famoso aleman, Mice Roberto, señor de Balse, que en busca de aventuras habian venido á Castilla, deseosos de medir sus armas con los hidalgos castellanos.

Mice Roberto, conocido por cien hazañas que habian hecho su nombre famoso en todos los paises, envió heraldos á todas las poblaciones y castillos para

hacer saber que, amigo ó enemigo, cualquiera, con tal que fuese caballero, podía presentarse á romper en honor de su dama una lanza en el torneo de Segovia.

Ya se comprenderá que semejante invitacion debió de agitar y poner en movimiento á toda la caballería. Era un asunto de amor propio y de honor nacional. Los campeones mas renombrados de la época, los hidalgos de mas prez, los caballeros mas aguerridos y mas célebres de las justas, todos acudían presurosos á Segovia y á medida que llegaban iban á hacerse inscribir en casa los jueces del campo á quienes revelaban su nombre ó el anónimo que pretendían usar.

La flor de la caballería se habia dado cita en Segovia para la justa, y en verdad que Mice Roberto y sus veinte caballeros iban á conquistar gran fama de buenos lidiadores si salían con bien del paso de armas donde se aprestaba á luchar con ellos lo mas escogido de la caballería castellana, que era una de las caballerías mas reputadas del mundo!

Cada día veía llegar Segovia á su recinto numerosas bandadas de gentes atraídas por el torneo; ya eran damas de elevada distincion que llegaban seguidas de su lujosa comitiva de pajes, montadas en airosos palafrenes, su corona de nobleza en la frente y su caperazonado halcon en el puño; ya eran trovadores que acudían con su modesta lira á la espalda, su cigarra de oro pendiente de la gorra provenzal, bordada en el pecho la violeta de oro ganada en los florales juegos de Tolosa ó Barcelona, y el alma dispuesta á cantar las proezas y bizarrias del vencedor de la justa; ya eran gentes de todas clases y condiciones que se presentaban para aplaudir y loar á los mas valientes; ya, en fin, los mismos caballeros que pensaban tomar parte en la justa y que corrían seguidos de su acompañamiento, armados de todas armas, luciendo al sol sus pulidas armaduras, ostentando sus célebres ó misteriosas divisas y tremolando sobre sus bruñidas cimbras los penachos y plumas con los colores de sus damas.

Hidalgos y plebeyos, nobles y villanos, todos querían presenciar la liza del honor y la galantería.

Lució por fin la apetecida aurora, y al son de las trompetas que anunciaban el marcial empleo de la jornada, la muchedumbre empezó á esparcirse por el campo, afueras de Segovia, donde se habia levantado el palenque. Ocupaba este una vasta estension de terreno cuadrado y cerrado con empalizadas, á cuyo rededor corría una inmensa gradería ocupada en su mitad por una cómoda y vasta galería en que debían tomar asiento las damas y los nobles.

En la parte occidental del palenque, en el centro, se elevaba una especie de palco sobre el cual flotaban tres banderas con los colores y las armas de Castilla. Era el sitio destinado al príncipe Don Enrique y á su distinguido acompañamiento. Tanto en las galerías como en el palco, las gradas, las paredes, las columnas, todo desaparecía bajo vistosos tapices, bajo magníficos terciopelos recamados de plata ó trás de espléndidos cortinajes de que colgaban ricos cordones y bellotas de oro, formando todo notable contraste con la gradería destinada al pueblo y que ostentaba solo sus desnudos y duros asientos, sus toscas paredes sin mas adorno que la piedra ó la madera.

A los piés del palco regio se veía el solio que debía ocupar Doña Beatriz de Guzman, la bella de las bellas, elegida por Don Enrique en nombre de los caballeros castellanos y por Mice Roberto en nombre de los caballeros mantenedores, para reina del amor y la hermosura. Era un rico solio de marfil asentado sobre cuatro leones dorados y al cual conducían varios escaños cubiertos de muelles tapices de púrpura con franjas de plata. Hallábase este trono envuelto, como en una nube, con una multitud de sedas, lienzos y banderolas que ostentaban sus caprichosas combinaciones de colores dominadas todas por el blanco y el carmesí que eran, como ya se sabe, los favoritos de la arrogante hija de los Guzmanes.

En cuanto al palenque no presentaba particularidad alguna. Ya hemos dicho que era un vasto cuadrado; en sus dos extremos se veían las puertas que debían dar paso una á los campeones y otra á los mantenedores. En el centro oriental, frente al solio de Beatriz y al palco de Don Enrique, se alzaban, sobre una plataforma bastante elevada para que pudieran dominar la liza, tres lujosas tiendas de campaña de terciopelo violeta coronadas, como con un penacho, por banderas con las armas de los caballeros mantenedores. Eran las tiendas de los nobles alemanes que debían sostener la lid contra cuantos se presentasen á combatirles.

A entrambos lados de la puerta de cada tienda dos picas clavadas en el suelo sostenían la una el escudo de paz y la otra la tarja de guerra del mantenedor; y segun que los campeones competidores herían el uno ó la otra, demandaban la simple justa ó el sangriento combate.

Brillaba en todo su esplendor el sol del mediodía cuando las veinte y cuatro trompetas anunciaron con su marcial concierto que el príncipe Don Enrique salía de Segovia. En efecto, no tardó en aparecer la lujosa comitiva del heredero del trono llevándole á él al frente, ginete en un soberbio tordo cuyas trenzas doradas barrían el suelo y cuya rica gualdrapa deslumbraba á

fuerza de oro y pedrerías. Precedíanle mas de ochenta corceles equipados para la justa y montados por escuderos de honor que llevaban estandartes con las armas de sus dueños; seguíanle, cabalgando en ataviados palafrenes, las damas con sus bellos prendidos y sus costosos trajes, los nobles con sus vestidos de gala ó sus lucientes armaduras, si eran de los que querían tomar parte en el torneo. Finalmente, cerraba la comitiva una multitud de pajes y escuderos tras los cuales iba la tropa de armados que debía guardar las puertas del palenque y distribuirse en las graderías para mantener el órden entre los espectadores.

Solo se hallaba á faltar en la lujosa comitiva á un personaje, el noble Don Juan Pacheco, marqués de Villena, el galán y ambicioso privado de Don Enrique. Creían todos al principio que si faltaba en aquel solemne festejo del lado de su señor, era por haberse confundido entre los competidores que debían disputar el premio á los alemanes, y no les pesaba por cierto á la nobleza ni al pueblo tener con esta ocasion una prueba del valor del marqués, al cual colocaba la fama en primera línea de los primeros caballeros de Castilla. Sin embargo, desvaneciése esta lisonjera ilusion cuando circuló y se supo la nueva de que el privado de Don Enrique se hallaba retenido en su palacio por una grave indisposicion que hasta amenazaba privarle de asistir como simple espectador á las justas de los tres dias.

Estrepitosas aclamaciones del pueblo que tenia ya desde hace tiempo ocupado el sitio que se le habia reservado en el palenque, saludaron la llegada de la noble sociedad que fué á colocarse en las galerías, mientras que, circuida de sus damas, subia Beatriz de Guzman, soberbiamente ataviada, deslumbrante de gracia y de hermosura, los escaños que guiaban al solio para ella destinado y hasta el cual la acompañó la mano galante del príncipe Don Enrique, el primer observador en su reino de las leyes de caballería.

Cuando la hermosa reina del torneo hubo tomado asiento, golpearon los caballeros en su escudo, sonaron su guerrera marcha las músicas militares y hubo un momento de animacion y bullicio como solo pueden ofrecerlo tantos miles de espectadores animados por la zozobra, el deseo y la impaciencia.

El agudo son de los clarines puso fin á la algazara dando la primera señal. Todos se acomodaron en su asiento y esperaron.

Presentáronse los primeros en la arena los jueces del campo y despues los heraldos encargados de publicar las reglas del torneo y condiciones del combate.

No se separaban en nada de las que se tenían por costumbre.

Las justas debían durar tres dias, siendo caballeros mantenedores, el prime-

ro, los barones de Brunswik, de Zitlirmen y de Aubrik; el segundo, los caballeros de Ofrechans y Berk y el conde Baironfosche, y el tercero los condes Gualtero de Windeck, Rodolfo de Erxstein y Roberto señor de Balse. Estos tres últimos eran los mas famosos y los de mayor reputacion entre los caballeros alemanes.

Los mantenedores aceptaban el combate de cuantos se presentaren á retarles.

El que intentara medir sus armas con alguno de ellos, debía herir él mismo con su lanza ó uno de sus escuderos con una varita, cualquiera de los escudos colocados en la puerta de la tienda del que retar queria. Si era herido el escudo de paz, el combate debía ser con armas embotadas y corteses, si el de guerra, con armas de punta y á todo trance.

Cuando un caballero hubiese sido arrojado del arzon al suelo, debía declararse vencido si no podia levantarse sin ayuda de los escuderos.

Lo propio cuando, en el combate con espada ó hacha, uno de los dos campeones retrocedia ante el otro hasta tocar la barrera con la grupa de su caballo.

Si la lucha entre dos caballeros llegaba á ser tan reñida y encarnizada que amenazara ser mortal, podían los jueces del campo adelantarse, cruzar las lanzas entre los dos campeones y dar por terminado el combate.

Inmediatamente despues de haber los heraldos desocupado la arena, el agudo son de los clarines rasgó el aire, abrióse la puerta y tres caballeros armados de todas armas aparecieron en la liza, quienes despues de haber saludado con gallardía al príncipe y á Doña Beatriz de Guzman dirijéronse con gentil desenvoltura á las tiendas ó hirieron los escudos de paz de los tres mantenedores. Eran los condes de Linares, Mendoza y Luna.

Fueron en seguida á colocarse en su puesto no tardando mucho los señores de Brunswik, Zitlirmen y Aubrik en presentarse á ocupar el suyo.

Dada la señal, arrancaron de una y otra parte los combatientes con inusitada furia yendo á encontrarse en medio del palenque. Cuatro de los competidores rompieron sus lanzas, y el de Zitlirmen perdió los estribos á la terrible lanzada de su contrario el de Mendoza. Solo los de Brunswik y Linares conservaron sus lanzas que se habian mutuamente deslizado en el pulido acero, pasando en seguida de largo arrastrados por la carrera.

No nos entretendremos en describir minuciosamente las justas de aquel dia que fueron todas de honor y cortesía. Cuantos combatientes tomaron parte en ellas dieron grandes muestras de fuerza, valor y habilidad. Rompiéronse algu-